

En ninguna parte arraigó mejor ni por más tiempo lo de creer que el oro es la riqueza, que aquí, donde Ustáriz extremó el mercantilismo. Los pobres indios preguntaban a los aventureros de *El Dorado* por qué no sembraban y cojían, y en vano propusieron los prudentes se enviaran a las Indias labradores. Francisco Pizarro en el momento de ir a pasar su Rubicón, traza con la espada una gran raya en tierra y dice: «por aquí se va al Perú a ser ricos; por acá se va a Panamá a ser pobres; escoja *el que sea buen castellano* lo que más bien le estuviere.»

Y más tarde, solemne escena en Caxamalca, cuando, previa invocación al auxilio divino, se reparte con gravedad el precio del desgraciado Atahualpa, aquel reposado inca, último testigo de una civilización borrada para siempre por los *conquistadores* de aquel «infierno del Perú, que con multitud de quintales de oro ha empobrecido y destruído a España» — decía Las Casas. Poco después el leal duque de Alba, sirviendo a su Dios y a su Rey, no olvidaba el botín ¹.

¹ «Acabando este castigo comenzaré a prender algunos particulares de los más culpados y más ricos para moverlos a que vengan a composición.» «De estos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible.» Así escribía a su amo y señor desde los Países Bajos el duque. (Documentos inéditos, tomo iv, pág. 489.)

¡El botín!, tal era la preocupación del legendario Cid ¹, y el mismo Sancho; el pacífico, el discreto, el buen Sancho, el codicioso de la ínsula, apenas vió en el suelo al fraile de San Benito «apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos..., que aquello le tocaba a él legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado».

El pobre con aspiraciones que no se aviene a enterrarse cojido a la manera en la masa intrahistórica de los silenciosos, los intracastizos, ni a vivir como el licenciado Cabra «clérigo cerba-

¹ Del que no ha recibido aún el barniz de los romances, del viejo, el del poema. El cual se sale de casa porque el rey le airó por haber «priso» grandes y soberanos haberes reteniendo de ellos «quanto que fué algo» (110-114), mas se consuela porque

Hya, caballeros, dezir vos he la verdad
Qui en un logar mora siempre, lo so puede menguar
(v. 947 y 948).

Si con moros non lidiaremos, no nos darán del pan
(673),

y se va a tierra de moros a meterse en «arrancadas provechosas» (v. 1233) para ganarse «averes» y «marcos de plata» y hacer «duenas ricas» a sus hijas y mujer. ¡Y que nos costaba poco! Suban, suban ellas al alcázar de Valencia, a contemplar la heredad que les ha ganado Rodrigo, y veánle lidiar que

«afarto verán por los oíos commo se gana el pan» (v. 1642).

Corran por Aragón y Navarra pregones; el que en buen

tana, archi-pobre y proto-miseria» para quien la penuria era salud e ingenio, o dice con el soldado de *Los Amantes de Teruel*, de Tirso:

Bien haya, amén, quien inventó la guerra
Que *de una vez* un hombre queda rico
Aunque en mil años haya visto blanca;

o se gana *honradamente* la vida con la industria de sus manos..., que «hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal», y «quien no hurta en el mundo no vive»—decía su padre al buscón D. Pablos, espejo de vagabundos.

Y aun sin llegar a tal, vívase al día, con un

hora nació llama a quien quiera llegar a rico saliendo de cuítas «perder cueta e venir a rritad» (1689).

Y así, «al sabor de la ganancia», se le «acoien yentes de la buena cristiandad». Mas teme que una vez tomada Valencia y ellos «abandonados en rritad» se le vayan con los haberes y manda quitárselos al que le cojan desertor, y al palo con él (v. 1245-1255). ¿Qué remedio? ¡Hay que vivir, buen D. Ramón, conde de Barcelona! ¡No te aflijas tanto, ni dejes de comer, ve libre!, pero sin los haberes que perdiste en lid porque

«prendiendo de vos e de otros, ir nos hemos pagando» (1406).

Prendiendo a fuerza o estafando a judoís con astucia de pícaro.

Véanse además los versos 510 y siguientes, 795 a 807, 1040 a 1048, 1149, 1245, 1266 a 1269, 1334 y sigs., 1736 y sigs., 1775 y siguientes, 2135, 2430, 2466, 2493, y sigs. de la edición Vollmöller.

En las canciones de gesta francesa no domina tanto el *eschec*, el botín.

mañana que nunca llega por delante, a ver si cae maná. Todos los años aplaudimos al castizo héroe *conquistador* del «¡tan largo me lo fiáis!» y todos se aguarda por todos con ansia el día del nacimiento del Redentor, en esperanza del *gordo*.

El nacer pobre es delito.

Y así vive el hidalgüelo mayorazgo a cubierto del trabajo, en resignada indolencia y medida parsimonia. Mas si es segundón y ha de asegurarse el pan ¡a probar fortuna! a buscárselas, o al convento¹.

Con frecuencia tras una vida de aventuras *se tomaba iglesia*.

¡Pan y toros, y mañana será otro día! Cuando hay, saquemos tripa de mal año, luego... ¡no importa!

Tal el alma castiza, belicosa e indolente, pasando del arranque a la impasibilidad, sin diluir una en otro para entrar en el heroísmo sostenido y oscuro, difuso y lento, del verdadero trabajo.

Y anejo a todo esto las *virtudes* que engendra la lucha, la generosidad de la guapeza, el rumbo

¹ Llegó a componerse de frailes y monjas la tercera parte de la población de España, y en tiempo de Felipe III, a principios del siglo xvii, salían de España, según el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, al año, 40.000 personas «aptas para todos los ministerios de mar y tierra».

de José María, amigo de sus amigos, limosnero del pobre con dinero ajeno. A bote de lanza, anárquicamente, enderezaba entuertos Don Quijote.

La misma caridad es de origen militar. Lo que decía M. Montegut (*Revue des Deux Mondes*, 1.º Marzo, 1864), hablando de nuestros místicos, de que no conocen la caridad sino de nombre, siendo para ellos virtud más bien teológica que teologal, es aserto que admite explicación. Porque hay una caridad que por compasión fisiológica, por representación simpática, nace de las entrañas del que sufre viendo sufrir, y otra más intelectual y categórica, que brota de la indignación que produce el ver sufrir a unos mientras otros gozan; hija de ternura aquélla, de rectitud ésta. Unas veces brota el sentimiento de justicia del de caridad y otras éste de aquél.

Cuando en *Las Mocedades del Cid* encuentra éste al gafo se pregunta «¿qué me debe Dios más que a tí?» y, considerando que le plugo repartir lo suyo desigualmente en los dos, no teniendo él, Rodrigo, más virtud, sino tan de carne y hueso, concluye en que

Con igualdad nos podía
tratar; y así *es justo* darte
de lo que quitó en tu parte
para añadir en la mía.

Y por sentido de justicia, más que por ternura, y no poco acaso por hazaña, come en el mismo plato con el gafo. Caridad típica también la del aquel arrebatado y agresivo P. Las Casas, que vuelto en sí al leer un día de Pascua el capítulo 34 del Eclesiástico, se dedica a protector de los indios y más aún a violento fiscal de sus compatriotas. Y con él su orden, la que con más brío predicaba en Europa cruzadas contra los herejes, amparaba y defendía en América a los pobrecitos indios, vírgenes de herejía. Caridad de ir a salvar almas desatándolas de sus cuerpos; *quien bien te quiera te hará llorar*. Caridad de espada y de igualdad. La misma caridad tierna y compasiva de Francisco de Asís se trueca en ardiente y belicoso ordenancismo en el español (portugués) Antonio de Padua.

«¡Una limosnita *por amor de Dios!*» piden los mendigos; se les contesta «perdone, hermano»; y ellos, si se les da, «*Dios se lo pague*».

Toda ella es caridad austera y sobria, no *simpatía*. A otra cosa se llama *sensiblería* aquí.

III

Este hombre formó familia y sociedad civil. Formaba familia, *dentro* de la cual guardaba a su mujer. Las de Tirso superan al hombre en decisión y malicia, y en el museo de Lope hallamos esgrimiendo la espada a *La Varona castellana*, defendiendo con puñal su honra *La Moza de cántaro*, y junto a ellas, entre otras, *La Villana de Getafe* y *La Serrana de Tormes*.

Entre esta mujer y su hombre los amores son *naturales*, con pocos intrincamientos eróticos. Nuestra castiza lírica amorosa será sutil, mas poco efusiva, y raros en nuestra literatura los acentos de pasión de amor absorbente y puro de otro sentimiento.

No es el amor ardiente y atormentado de Abelardo, ni el refinado de los trovadores provenzales, pues si bien entró en Castilla la casuística erótica de éstos por los trovadores gallegos, catalanes y valencianos, no fué castiza y de genuina cepa. Ni el gallego Macías el Enamorado ni el valenciano Ausías March son almas castellanas.

Los Amantes de Teruel, de Tirso, son sobrios en ternezas y blanduras, si bien se mueren de amor,

con muerte fulminante y repentina. La Jimena de *Las Mocedades del Cid* expresa sentimiento tan poco erótico y femenino, como es el de estimar más el ver estimar su amor que su hermosura, tomándolo por pundonor. Y esta misma Jimena admira en aquel Rodrigo que la corteja, salpicándole el brial con la sangre de sus palomicas, que luce en él gallardamente, entre lo hermoso, lo fiero. El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso. Y aun cuanto más bruto, pues Celia, en *El condenado por desconfiado*, quería a Enrico que la saqueaba y maltrataba *por valiente*, como se rinde a su chulo la barbiana de rompe y rasga.

En esto del amor aparece también el espíritu disociativo, porque es, o grosero, más que sensual, o austero y de deber más que sentimental, o la pasajera satisfacción del apetito o el débito del hogar.

Y en tratando casamiento
verás que mi amor le agrada,
que este es el último intento
de toda mujer casada.

Y una vez casada, niega Isabel de Segura un simple abrazo a Diego de Marsilla.

«Ya es mi esposo, Marsilla, Don Gonzalo
perdóname si el gusto que me pides
no te lo puedo dar *como quisiera*.
que no le he de ofender por ningún modo.»

Doña Blanca, la mujer de «García del Castañar» cree que

«...bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán.»

No es castiza en España la casuística del adulterio, ni se ha elevado a institución a la *amiga*. Fuera del matrimonio, los amores son de gallo, de Tenorio, no de Werther.

El realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele a bodegón más que a lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, a lo grosero que a lo libidinoso. Sirvan de ejemplo típico la novatada del buscón Don Pablos, la *aventura* del bálsamo de Fierabrás y la de los batanes. La misma Celestina *escolastiza* el amor ¹ cuando no cae en lo brutal.

No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del *amor* baboso. No sale de esta casta un mar-

¹ «El que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual peresería.» «La natura huye lo triste y apetesce lo deleitable.» Véase además lo que dice Celestina a Areusa en el acto séptimo.

qués de Sade, que en su vejez *venerable* suelta con voz dulce una *ordure* «avec une admirable politesse» ¹. Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.

Los celos en el teatro calderoniano son de honor ofendido, y los celosos matan sin besar como Otelo, sin amor, por conclusión de silogismos y en frío, y a las veces por meras sospechas, y aun sabiendo inocente a la mujer «sólo por razón de estado» como «el labrador más honrado», García del Castañar:

«A muerte te ha condenado mi honor, cuando no
[mis celos,
porque a costa de tu vida de una infamia me pre-
[servo.»

Amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio. La mujer, la madre, está en nuestro teatro castizo «oculta en el *sancta sanctorum* del hogar» (M. y P.)

Es el amor natural, base de la familia, fuertemente individuada ésta en la sociedad, la familia

¹ La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil. Y «avec quel art consommé elle distille et insinue son venin!» En nuestros días «*A rebours*», de Huysmann, ofrece un ejemplo asqueroso.

una y constante, cuyos miembros se acuerdan en el espacio, y en el tiempo se unen con los pasados por los sufragios a las benditas ánimas del purgatorio. Cosa castiza el purgatorio.

Son los hijos guardadores del nombre de sus padres y vengadores de su honra. Diego Láinez, afrentado, llama a los suyos, desprecia por infames a los que se quejan cuando les aprieta la mano y desenójale el enojo de Rodrigo, que le amenaza con que, a no ser su padre, le sacara las entrañas. Y al presentarle éste la cabeza del ofensor...

«Toca las blancas canas que me honraste,
llega la tierna boca a la mejilla,
donde la mancha de mi honor quitaste.»

El anciano D. Mendo de Benavides, afrentado por Payo de Bivar, perdona a su hija Clara sus ilícitos amores con el rey Bermudo, puesto que a ellos debe el tener Sancho un nieto vengador de su honra. (*Los Benavides*, de Lope.)

Para tales hay que educar a los hijos, como Arias Gonzalo, cuando, muertos en lid singular con D. Diego Ordóñez sus hijos Pedro y Diego, va a apadrinar a Rodrigo, a *atizarle fuego en el honor*.

La sociedad civil que formaron estos hombres

tomó de ellos carácter y sobre el de ellos reobró. Formáronla sobre los restos de otra, bajo la presión de invasores de su suelo, comprimidos en un principio en montañas, donde originaron el sentimiento patrio.

Las necesidades de la Reconquista les dieron lealtad al caudillo e igualdad entre los compañeros. Sin lealtad no cabe comunidad guerrera, «pues siempre de la cabeza baja el vigor a la mano». Jamás olvida el Cid separar del botín el quinto para el rey Alfonso, que le *airó*, enviarle *presentaias* y humillarse ante él, «hincando en tierra los hinojos y las manos, tomando a dientes las hierbas del campo y llorando de los ojos». Y con el «castellano leal» siente Guzmán *el Bueno*, y el señor de Buitrago, y tantos otros. Lealtad esta de combatiente a su caudillo más que de cortesano a su señor, lealtad no exenta de «pronunciamientos».

Mas «del rey abajo ninguno» ¡fuera jerarquía! ruda igualdad y llaneza entre los demás. *Llaneza*, castizo término. Al extranjero que viaja por España le sorprende el fácil tramar conversación en los trenes, el ofrecerse viandas, el pedirse fuego en la calle, el ponerse «ja su disposición!»

Reinaba en nuestro castizo siglo una peculiar igualdad que se ha llamado democracia frailuna,

en gran parte la de la holganza y la pobreza, la de la espórtula y la braveza, anarquista. La disfrutaban muchedumbre de caballeros pobres, frailes, hidalgüelos, soldados y tercios, menospreciadores del trabajo, amantes de la guerra y de la holganza. Y a este anarquismo íntimo acompañaba, como suele, fuerte unificación monárquica al exterior; el absolutismo, o mejor *ordenancismo* castellano, fué forma y dique de anarquía, fué el espíritu de individualismo excluyente transportado a ley *exterior*.

Siempre la firme fe en el libre albedrío lleva, tanto como el fatalismo, al sofoco de la libertad civil; que hay que imponer ley a quien apenas la lleva dentro ¹, y consuélase el sometido con que su voluntad es libre e inviolable el santuario de su conciencia. ¡Gran Celestina la metafísica!

¹ En el librearbitrismo, el poder opresivo suple a la caída naturaleza; en el fatalismo representa a la ley externa del hado; cuando se ve, por el contrario, ley *determinante* de la voluntad, se fía en el hombre. Así es como «el dejad hacer, dejad pasar», brotó de la concepción optimista del *homo oeconomicus*, que conoce siempre su verdadero interés, y de la fe en que éste se concilia con el colectivo; de un determinismo.

«¡Libertad! Bien entendida, ¡hermosa palabra!... Un pueblo jamás se hace maduro ni prudente; siempre es niño», dice el duque de Alba en el *Egmont* de Goethe. ¡Libertad *bien entendida!* Y para hacerla entender, ¡palo limpio y tente tieso!

Era aquí la castiza monarquía cenobítica y austera, ordenancista, reflejo de la familia castellana. En España no juegan papel histórico sobresaliente queridas de reyes.

«*Una grey y un pastor sólo en el suelo,
un monarca, un imperio y una espada*»,

cantaba Hernando de Acuña, el poeta de Carlos V.

Era en aquella sociedad el sentimiento monárquico profundo, bien que un si es no es quisquilloso, con la sumisión del «se obedece, pero no se cumple». El rey no es el Estado, sino el mejor alcalde; no quien crea nobleza y honra, sino quien las protege. Bien que sea fábula, es típico el «cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos», y hondamente castizo el «e si no, no».

«Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el [honor
es patrimonio del alma, y sólo se debe a Dios.»

Las voluntades se encabritaban, sí, pero para someterse al cabo, sentida su desnudez, a la autoridad venida de lo alto, y tenían fe en ella. Pocas cosas tan genuinamente castellanas como el *ordenancismo*, acompañado de *pronunciamientos*. Ordenancismo más que absolutismo a la francesa, ni despotismo oriental, ni tiranía italiana.

IV

Cada uno de estos individuos se afirma frente a los otros, y para hacer respetar su derecho, su individualidad, busca ser temido. Preocúpase de la opinión pública, preocupación que es el fondo del honor, y cuida conservar el buen nombre y la nobleza. La bárbara ley del honor no es otra cosa que la necesidad de hacerse respetar, llevada a punto de sacrificar a ella la vida. «¡Muera yo, viva mi fama!» exclamó Rodrigo Arias al ser herido mortalmente por D. Diego Ordóñez de Lara.

Como apenas se han socializado estos individuos ni se ha convertido en jugo de su querer la ley de comunidad, se afirman con altivez, porque el que cede es vencido; hacen todos del árbol caído leña, y ayúdate, que Dios te ayudará, que al que se muere le entierran.

Nada de componendas ni de medias tintas, ni de *pasteleo*, nada de nimbo moral: justicia seca ó razón de estado. No saben «andar torciendo, ni opiniones, ni caminos». En el hermoso diálogo de la primera parte de *Las Mocedades del Cid*, confiesa el conde Lozano a Peranzules que fué locura su acto; pero como tiene mucho que perder

y condición de honrado, no la quiere enmendar, que antes se perderá Castilla que él; ni dará ni recibirá satisfacción; que el que la da pierde honor y nada cobra el que la recibe,

«el remitir a la espada
los agravios es mejor.
..... que en rigor
pondré un remiendo en su honor
quitando un jirón al mío;
y en habiendo sucedido,
habremos los dos quedado,
él con honor remendado
y yo con honor rompido.»

Y encierra su opinión honrada en esta cuarteta, quintaesencia de la ley del honor:

«Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defenderla, y no enmendarla.»

¡Antes mártir que confesor! ¡Teson, tesón hasta morir, y morir como D. Rodrigo en la horca!

No hay que flaquear, y si se flaquea, que no lo sepan. Sobre todo, esto; que no lo sepan ¡por Dios!, que no lo sepan. Como «el prender al delincuente es publicar el agravio», manda el rey se tenga secreta la ofensa del conde Lozano a Diego Láinez, lo cual parece a Peranzules «¡notable razón de estado!» Secreto, ante todo; «a secreto

agravio, secreta venganza»; «que no dirá la venganza lo que no dijo la afrenta». ¡Secreto, secreto, sobre todo secreto! ¹.

El honor se defiende a estocada limpia: «en ti, valiente espada, ha de fundarse mi honor», ese honor que en el pecho «toca a fuego, al arma toca», el que se lava con sangre. Con la de la herida del conde Lozano se frota Diego Láinez la mejilla, «adonde la mancha estaba» ². «De lengua al agraviado caballero ha de servir la espada», «lengua de la mano» que

«..... es falta de valor
sobrar tanto la paciencia,
que es dañoso el discurrir;
pues nunca acierta a matar
quien teme que ha de morir.»

¹ ¡Gran virtud el silencio y el secreto para la casta de Pero Mundo! Ya de antiguo cuidaban más de él que de la vida; su fidelidad brillaba en el secreto. *Saepe tormentis pro silentio rerum immortalis adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitae*, decía de los españoles Justino.

¡Secreto! Y consigo mismo reserva mental. «¡Calla! — dice Doña Urraca a Bellido Dolfos:—si es traición, y en mi querella,—excusará el no sabella—la culpa de no excusalla.»

² Corneille, en su *Le Cid*, suprimió este vigoroso rasgo, así como lo más enérgico del diálogo precitado entre el conde Lozano y Peranzules. Dice en cambio:

«Mais, puisque c'en est fait, le coup est sans remède.»

¡Qué diferencia! Los héroes de Corneille son muy *civilizados*.

«El perro muerto, ni muerde ni ladra», decía aquel francote de Rodrigo Orgóñez, el amigo del pobre Adelantado Almagro.

¡Cuánto cuesta someterse a la ley no hecha carne, categórica y externa! «¡Cuánto cuesta el ser noble y cuánto el honor cuesta!», exclama Jimena. ¡Honor, «vil ley del mundo, loca, bárbara, ley tan terrible del honor»!

«¡Que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!»

Son de oír en *A secreto agravio secreta venganza* (escena 6.^a de la jornada III), los desahogos de D. Lope de Almeida contra esa ley. Es la tal ley un sino fatal, es la sociedad imponiéndose al individuo, disociado de ella en espíritu, no diluido en el nimbo colectivo; es ley *externa* la que engendra el conceptismo dilemático del pundonor. Es anarquismo moral bajo el peso de absolutismo social.

Esta ley y este sentimiento del honor tuvieron su vida, y no es muy hacedero raspar de ellos el barniz caballeresco francés para discernir qué cualidades castizas y peculiares acompañan al honor castellano. La sistematización del honor, la caballería, es, como tantas sistematizaciones y pulimentos, de origen francés. ¡Cuánto más caba-

llesca la *Chanson de Roland* que nuestro viejo y sobrio *Cantar de myo Cid*, no libre, sin embargo, de influjo francés! En aquélla aparece la *loi de chevalier*, y Sancho debajo del Cid, que en su querella con los infantes de Carrión se cuida mucho de los haberes que le han llevado, porque «esso me puede pesar con la otra deshonor» (verso 2913).

Estaban los nuestros muy ocupados con los moros para esas caballerías, mas al desembarazarse de ellos derramáronse por esos mundos de Dios ¹, y a la postre entró el caballerismo en

¹ «Y por cierto no vi en mis tiempos ni lei que en los pasados viniessen tantos cavalleros de otros reinos y tierras estrañas a estos nuestros reinos de Castilla y de León por hazer armas en todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla a las buscar por otras partes de la christiandad... Y fué informado que el capitán francés o el italiano tenia entonces por muy fornescida la esquadra de su gente quando podía aver en ella algunos cavalleros castellanos, porque conocía dellos tener esfuerço y constancia en los peligros más que de las otras naciones. Vi también guerras en Castilla, y durar algunos tiempos; pero no vi que viniessen a ella guerreros de otras partes. Porque assi como ninguno piensa llevar hierro a la tierra de Vizcaya, donde ello nace bien, assi los estrañeros reputaban a mal seso venir a mostrar su valentía a la tierra de Castilla, do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della que la suya será poco estimada.»

Hernando de Pulgar, en el título xvii (Rodrigo de Narváez, de *Los claros varones de España*.

España, y tomó fuerte arraigo. Nuestros caballeros metieron las manos hasta los codos en aquello que llamaban aventuras. Fué aquí exagerado al punto de los Amadises y demás de su linaje, y en la vida real al de Suero de Quiñones, y al de los desafíos de Barleta. San Ignacio veló las armas y se hizo caballero *a lo divino*. El caballerismo dió nuevo barniz al Cid, a Bernardo del Carpio y a otros héroes legendarios. Los franceses nos dieron Rolando, como nosotros a ellos Gil Blas.

Mas siempre fué aquí el honor más macizo y brutal, más natural y plebeyo, y más sutil que delicado al querer refinarse. Fué siempre aquí cada cual más hijo de sus obras y padre de su honor ¹, debido éste más a naturaleza que a gracia, al brazo que al rey; honor menos de relumbrón y parada, más *positivo*, más apegado a sus raíces. En la francesada, no era el fin de los españoles — decía G. Pechio — la gloria, sino la independencia, que a haberse batido por el honor habríase acabado la guerra en la batalla de Tudela. Y a Stendhal le parecía el único, *le seul*, pueblo que supo resistir

¹ «Señor, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero y que sus padres lo fueron también, pero yo y mi brazo derecho, a quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje», decía un capitán a un caballero, según nos lo cuenta, en el cap. xvi de su *Examen de Ingenios*, el Dr. Juan Huarte.

a Napoleón absolutamente puro de honor estúpido, *bête*; de lo que hay de estúpido en el honor. (*De l'Amour*, cap. XLVII.) No hay aquello de « *tirez les premiers, messieurs les anglais*», porque sabemos bien que el que da primero da dos veces, aunque no quite lo cortés a lo valiente. Son nuestros caballeros más brutales y menos amadados, menos tiernos ¹ en derretimientos, más fastuosos y guapos que elegantes y finos, menos dados también a la sensiblería *ginecolátrica*. «Dios, Patria y Rey», es la divisa de los nuestros, más bien que «*Dieu, l'honneur et les dames*». Cuando más la dama, no *les dames*; el fondo de Amadís es su casta fidelidad a Oriana, virtud que brilla también en Don Quijote. ¡Desgraciada la mujer cuando la hacen ídolo!

En el fondo del caballerismo francés aparecen barones feudales, aquí reconquistadores del suelo patrio.

¹ En la *Chanson de Roland* a cada paso lloran los héroes, y aun se desmayan de *tendrur*. En cierta ocasión cien mil franceses de una vez (verso 2932). A los caballeros franceses es a los que sobre todo se aplica lo que decía Flaubert (*Madame Bovary*) «bravos como leones, dulces cual corderos, virtuosos como no se es, bien puestos siempre y que lloran como urnas». A nuestro buen maese Nicolás, el barbero, le gustaba más Galaor que Amadís, «porque no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano».

V

En sociedades tales el más íntimo lazo social es la religión, y con ella una moral externa de *lex*, de mandato, que engendra casuismo y *métodos* para ganar el cielo. De todos los países católicos, acaso haya sido el más católico nuestra España castiza.

El catolicismo dominicano y el jesuítico, son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano. *Una fe, un pastor, una grey*, unidad sobre todo, unidad venida de lo alto, y reposo además, y sumisión y obediencia *perinde ac cadaver*.

Este pueblo de las asociaciones y los contrastes se acomodaba bien a afirmar dos mundos, un Dios y un Diablo sobre ellos, un infierno que temer y un cielo que conquistar con la libertad y la gracia, ganando al Dios misericordioso y justo. Fué éste pueblo de teólogos, cuidadoso en *congruir* los contrarios; teólogos todos, hasta los insurgentes, teólogos del revés los librepensadores. En la teología no hay que desentrañar con trabajos *hechos*, sino combinar proposiciones dadas, es asunto de «agudeza de ingenio», de intelectual. De

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

esta casta brotaron los principales fautores de Trento, y los llamados *Dominicanes*, la Orden de Predicadores que se estrenó *contra* los albigeneses, y la *Milicia* de Jesús más tarde. Un portugués, el impetuoso San Antonio, fué el que primero peleó contra los herejes en la Orden de paz y de tolerancia del pobrecito de Asís.

Que las castizas guerras de nuestra edad de oro fueron de religión... Esta era el lazo social, y la unidad religiosa forma suprema de la social. Para demarcar, por vía de remoción, la unidad nacional, se expulsó judíos y moriscos y se cerró la puerta a luteranos, por «sediciosos, perturbadores de la república ¹». Órdenes militares re-

¹ Durante la Reconquista no había empeño alguno en convertir a los moros, con los que se entendían no mal los cristianos. El Cid del *Cantar* jamás piensa en tal cosa, pelea con ellos para ganarse el pan (verso 673); y al no poder venderlos considera que nada gana con descabezarlos (versos 619-620). Así es que le bendicen y tiene entre ellos a su gran amigo «natural», Avegalvón. En la *Chanson de Roland*, por el contrario, preocupáanse de destruir a los paganos *paiens*, que siguen la ley de Mahoma, Apolo y Tervagán, y hacen de la guerra un juicio de Dios (verso 3670). En las canciones de gesta francesas, al conquistar una ciudad infiel, obligan, so pena de muerte, a que se bauticen a sus habitantes todos, *ne seit ocis o devient chrestiens* (V. *Roland*, versos 102 y 3670, *Gui de Bourgogne*, versos 3063, 3071-74, 3436-38; *Huon de Bordeaux*, 6657-59, etc., etc.).

Donde resalta la diferencia es en la toma de Zaragoza por

ligiosas se fundaron en España para la cruzada *interior* que reconquistara el propio suelo, y en ninguna parte más vivo el sentimiento de la hermandad entre el sacerdote y el guerrero que en el pueblo que dió tantos curas guerrilleros en la francesada. Guerras religiosas, sí, en cuanto el reino de la religión se extiende a este mundo, en cuanto institución para sustento de la máquina social y mantenimiento del orden y del silencio y de la obediencia a la *ley*.

Aquellas almas fueron intolerantes, no por sa-

Carlo Magno, y la de Valencia por el Cid. Toma el emperador Zaragoza, y entran sus soldados en mezquitas *mahumeries*, y sinagogas, destruyendo ídolos, ídolos en mezquitas y sinagogas!, porque Carlos cree en Dios y quiere hacer su servicio, *faire voelt sun servise*; llevan a los paganos al bautisterio, y al que se niega a hacer la voluntad de Carlos lo cuelgan, matan o queman. Así bautizan más de cien mil «verdaderos cristianos», *veir chrestien* (versos 3660-3674). ¡Cuán otro el cuadro de la toma de Valencia!

«Cuando myo Cid gañó a Valencia e entró en la çibdad
Los que fueron de pie cavalleros se fazen.
El oro e la plata ¿quién vos lo podrie contar?
Todos eran ricos quantos que allí ha.
Myo Cid Don Rodrigo la quinta mandó tomar.
En el aver monedado xxx mill marcos le caen;
E los otros averes ¿quién los podrie contar?»

(Versos 1212 a 1218.)

Y así continúa. ¡Cómo se ve que lo uno tiene de ficción imaginativa más, y más lo otro de historia concreta! Mas por debajo aparecen los hombres. Cierto es que los franceses no conocían a los moros como los castellanos.

lud y vigor, sino por pobreza de complejidad, porque no sólo tolera el débil y el escéptico sino el que en fuerza de vigor penetra en otros y en el fondo de verdad que yace en toda doctrina, puesto que hay junto a la tolerancia por exclusión otra por absorción. Temían las *malas doctrinas*, las ideas, porque eran éstas en ellos categóricas e impulsivas; temían más la «soberbia del espíritu» que la «concupiscencia de la carne»; por la razón temían haber de venir la caída. Mas ellos no razonaron su intolerancia como tal, que esto se queda para los que no la sienten. Aquellos *conceptistas* concebían sus conceptos por exclusión y la religión como lazo social y base de unidad civil. Valía más, según el duque de Alba, conservar mediante guerra un reino arruinado para Dios y el Rey, que tenerlo, sin esto, entero, en provecho del demonio y de los herejes sus secuaces.

A la ley había que someterse por la fe, que era confianza sobre todo, confianza en que el Rey celestial no habría de negar una hora de arrepentimiento al que obedeciese, aunque no cumpliera sus mandatos. Paulo el ermitaño, se condena por desconfiar de su salvación,

«porque es la fe en el cristiano, que en sirviendo a
[Dios y haciendo
buenas obras, ha de ir a gozar de él en muriendo»,

por querer que Dios le diga si se ha de salvar o no; y Enrico el de los «latrocinios, cuchilladas, heridas, robos, salteamientos y cosas deste modo», el que mató treinta hombres y forzó seis doncellas, como «aunque es tan malo, no deja de tener conocimiento de la santa fe», sino que abriga esperanza siempre de que tiene de salvarse, esperanza no fundada en obras suyas,

«.....sino en saber que se humana
Dios con el más pecador y con su piedad le salva»,

sálvase por acto de arrepentimiento, llevándole al cielo «dos paraninfos alados». La misma concepción en el fondo que esta de *El Condenado por desconfiado*, de Tirso, es la de *La Devoción de la Cruz*, de Calderón. El genio oculto de la sociedad, su intraconciente providencia, dió codicia del cielo y terror al infierno a aquellos anarquistas. Donde Paulo, el ermitaño, al creerse condenado como el bandido Enrico, exclama:

«¡si su fin ha de tener
tenga su vida y sus hechos!»

allí es donde adquiere, en virtud del contraste, plena significación el «aunque no hubiera infierno te temiera». En el fondo de aquellas naturalezas de un individualismo salvaje quedaba chispa de fe; poso de sumisión a una terrible ley externa, hado

de la sociedad, a la que había que obedecer, mal que no se la cumpliera. A Sancho el socarrón le parecía un demonio «hombre de bien y buen cristiano», al oírle jurar «en Dios y en mi conciencia», y concluía que «aun en el mismo infierno debe haber buena gente». ¡Respeto, respeto ante todo, y horror al escándalo! «Gracias a Dios, todo está tranquilo en los Países Bajos», gracias a Dios y al Consejo de sangre.

La religión cubría y solemnizaba. Para que les enseñaran «las cosas de nuestra santa fe católica» *encomendaban* indios a los aventureros de América. ¡Extraña justificación de la esclavitud! Y allá, en aquellas mismas tierras de nuestra castiza epopeya viva, vírgenes de policía, donde se desenfrenaban las pasiones, cuando Pizarro, Almagro y el maestrescuela Luque hicieron convenio de repartirse la presa de la conquista del Perú, aportando el último, socio capitalista, 20.000 pesos, y su industria los otros dos, entonces cierran el trato en Misa celebrada por Luque, en que comulgaron los tres de una sola y misma Hostia. ¡Qué de miserias irreligiosas brotaron de este solemne y consagrado trato!

Afirmaba el alma castellana castiza con igual vigor su individualidad, *una* frente al mundo vario, y esta su *unidad* proyectada al exterior; afirmaba dos mundos y vivía a la par en un realismo apegado a sus sentidos y en un idealismo ligado a sus conceptos.

Intentó unirlos y hacer de la ley suprema ley de su espíritu, en su única filosofía, su mística, saltando de su alma a Dios. Con su mística llegó a lo profundo de la religión, al reino que no es de este mundo, al manantial vivo de que brotaba la ley social y a la roca viva de su conciencia.

En ninguna revelación del alma castellana que no sea su mística se entra más dentro en ella, hasta tocar a lo eterno de esta alma, a su humanidad; y en ninguna otra tampoco se ve más al desnudo su vicio radical que en la pseudo-mística, en los delirios del *alumbriismo* archi-sentitivo y ultra-intelectivo, en aquel juntar en uno la unión sexual y la del intelecto con el sumo concepto abstracto, con la nada.

Por su mística castiza es como puede llegarse a la roca viva del espíritu de esta casta, al arranque de su vivificación y regeneración en la Humanidad eterna.

Abril de 1895.